

## V

Brambila conocía al palmo á don Luis Terrazas y don Luis distinguía al escribiente entre todos los que formaban el estado mayor de Juárez, á causa de que se le figuraba leal y bueno, como en realidad lo era. Una tarde que Brambila se encontraba en lo alto de una lomita cercana al lugar contemplando la puesta del sol, que en aquella frontera no se mete como en todas partes, sino con más aristocracia y distinción que en las demás, se entretenía viendo como el cielo se anegaba en un color que no era el azul, pero que descendía de él. Primero era pizarroso, luego gris perla, luego blanco mate, después lechoso hasta descender al azul vivo que llevaba á guisa de orlas vedijas blancas franjeadas de rosa, sin que se ostentaran, ni siquiera para remedio, esos rojos insolentes, ese oro furibundo y ese verde manzana que parecen haber salido de la paleta de un escenógrafo loco que pintara con escoba. Aquel espectáculo le affigía porque no estaba acostumbrado á las sutilezas que demandaban los tonos delicados y exquisitos, y cuando más entretenido se hallaba oyó una gran voz, una voz amiga que le dijo desde abajo de la loma:

— ¡Eh, amigo! ¿Qué hace allí? Baje, que hay novedades...

— ¡Ah, señor don Luis! exclamó Pepe reconociendo al que llegaba montado en un caballo que parecía cansado de correr sin parar... Muy bien venido, señor don Luis Terrazas, y que descanse pronto, porque me parece que ese *cuaco* ha menester de reposo...

— Quiero que me lleve á ver á don Benito. ¿Se le puede hablar? Me urge mucho tratar con él un asunto. Ya le digo que hay novedades.

— Pues vamos pronto, señor gobernador, dijo Pepe, que no olvidaba que don Luis tenía el título de gobernador republicano.

Llegaron á donde Juárez descansaba acompañado de don Inocente Ochoa, de don Rafael Velarde, del doctor Samaniego y de Uranga.

— Señor Presidente, dijo don Luis, excitado de seguro por la entidad de las noticias de que era portador; señor Presidente, hay novedades; los franceses avanzan á toda prisa y vendrán á caer sobre el Paso esta noche ó mañana por la mañana. ¿Qué hacemos? Dé usted sus órdenes, que serán obedecidas por venir de quien vienen y por traer el sello de experiencia que caracteriza á usted.

— Sírvase usted decirme, señor gobernador, contestó don Benito, lo que sepa y la causa porque lo sepa, sin ocultar nada y contando para todo con las personas presentes, de cuya lealtad y discreción le respondo como de las mías propias.

— Señor, repuso don Luis sin misterios, las nuevas me parecen seguras: persona que viene de Chihuahua me dice que vió una gran polvareda en dirección del Sauz, y á mí me consta que los exploradores franceses llegan hasta los Médanos. Ayer vimos á gentes que sin recato aseguraban que venía tras ellos una fuerte columna francesa, y que ofrecían respetar la vida y la libertad de quienes les sirvieran de balde ó de balde les dieran de comer, y amenazando á los que se oponían con delatarles á los franceses.

— ¿Y se sabe dónde se encuentra ahora la columna enemiga?

— Señor, si son exactas las noticias que me da uno de mis vaqueros, que ahora viene de Chihuahua, los franceses hacían aprestos para salir el lunes de la semana pasada; así es que, si suponemos que hayan salido ese día ó el martes, todo lo más alcanzarían á llegar acá mañana por la mañana.

— Pues lo que nos toca á cada uno de nosotros ya lo sabemos: usted, señor gobernador, de acuerdo con el señor ministro de la Guerra, toma las providencias que haya que tomar; le nombro desde ahora jefe de la plaza y apruebo las medidas que dicte, que estoy seguro han de estar de acuerdo con lo que le sugieran su patriotismo y su conocimiento de estos lugares... Los empleados se pondrán á sus órdenes para que le ayuden en caso ofre-

cido á aumentar su gente, que me figuro no ha de andar tan boyante como quisiéramos...

— Cincuenta y dos hombres con tropa y clases, dijo don Luis entre dientes. No podía ser peor el estado de las cosas.

— Y yo, siguió don Benito, estaré á la expectativa de lo que acontezca...

— Tendremos listo lo necesario para que usted se escape al lado americano, dijo uno de los presentes creyendo anticiparse al deseo de Juárez.

— No, amigo mío, repuso don Benito haciéndose cargo de lo que aconsejaba ó parecía prever el oficioso; no, amigo mío. Yo no saldré del territorio nacional; treparé á uno de esos montes, aquel alto — y señaló una montaña que parecía envolverse en un alboroz de suave luz azul, y que guardaba algo como rastro de una explosión en una faja naranjada que dividía el cielo en dos partes, como los cuarteles de un escudo, — y desde allí presenciare la derrota de nuestras tropas; cuando hayan sido aniquiladas me envolveré en la bandera tricolor, en la bandera de la patria, me arrojaré en el barranco más hondo, en el desfiladero más abrupto que halle al paso y allí pereceré como debe perecer el jefe de una nación heroica y desgraciada...

Los novelistas, siempre que ponen en boca de sus personajes expresiones que salen de lo vulgar, suelen decir

que se transfiguró su faz y que se vió en ella algo extraordinario; Juárez, no; dijo aquello tan natural, tan sencillo, tan prosaicamente, que no parecía sino que acababa de decir la vulgaridad más sin importancia que pudiera salir de boca humana; era naturalmente *corneliano*, y lo sublime salía de su boca tan espontáneamente como de otras bocas salen la frase egoísta ó la diatriba torpe y sin alma; era mucho hombre aquél.

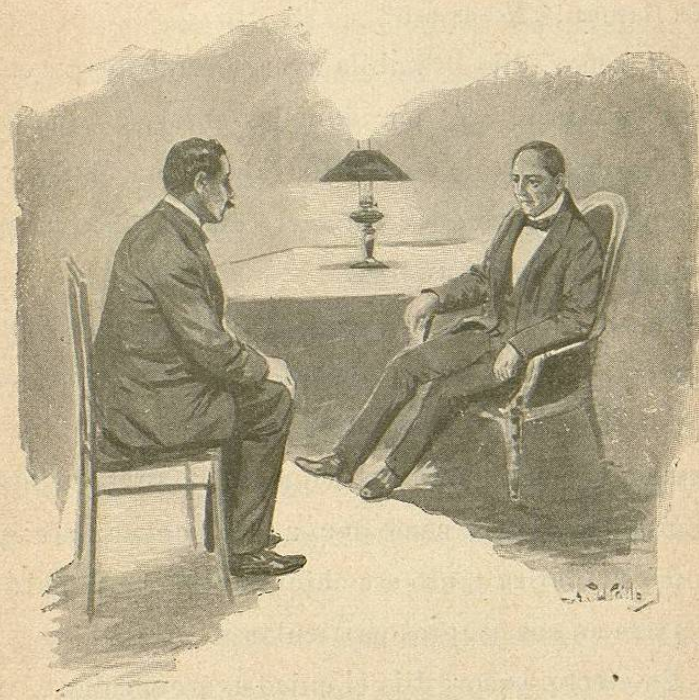
La noche se pasó en vela, y todos, civiles y militares, durmieron, como suele decirse, con la barba sobre el hombro. A Brambila le tocó acostarse en el mismo cuarto en que descansaba el Presidente, pues éste había ordenado que se le despertara tan pronto como hubiera la más mínima alarma. A las doce se retiraron Iglesias y Lerdo, que habían celebrado consejo en compañía de don Benito, y éste se metió en la cama á eso de las dos de la madrugada, luego que hubo ejecutado escrupulosamente su aseo personal.

— Siéntese, amigo Brambila, dijo con bondad, al ver que el amanuense le esperaba todavía despierto; siéntese, que no tengo gana de descansar aún. ¿Cómo lo pasa usted?

— Bien, señor, salvo las escaseces que son naturales en la época que atravesamos. Ya usted ve, en tiempo de guerra, con las contribuciones, digo, con las aduanas... todo, es decir, los recursos en poder... pues de los franceses... como quien dice del enemigo...

Y así continuó ensartando tonterías, enfrascándose cada vez más en la senda del disparate morrocotudo y sin salida posible.

— Es claro, ustedes han tenido que sufrir mucho; pero se les considerará entre los buenos servidores á la hora del triunfo... Tampoco nosotros estamos en Jauja; yo,



nada menos, con cien pesos mensuales me veo obligado á pagar criados y á atender á mis gastos, independientemente de todo lo que se me ofrece para mantener la dignidad del puesto que ocupó.

— Es natural, señor, respondió el escribiente por decir algo.

— ¿Y usted tiene familia, señor Brambila? preguntó Juárez con interés.

— Sí, señor, contestó el otro medio cortado, mi señora y un niño...

— ¡Ah, sí! dijo don Benito. Ya recuerdo que es de usted aquel niño precioso que anda por allí; Nacho creo que le llaman. ¿No es eso?

— Sí, señor, dijo Brambila avergonzado de que el Presidente tomara interés por aquellas cosas, que nada valían ante una nota de don Matías Romero á Mr. Seward. Sí, señor, por cierto que lo primero que el niño ha aprendido á decir es ¡viva Juárez!

— Enséñele á decir ¡viva México! ¡viva la Patria! ¿Y qué idea tengo de que usted no está casado con la madre de esa criatura? Dispéñeme, señor Brambila, dispéñeme que me meta en cosas que son de su fuero interno y que usted resolverá como tenga por conveniente; pero como me simpatiza tanto ese chiquillo, me perdonará que tome parte en sus asuntos particulares.

— En efecto, señor, dijo el chico avergonzado.

— Pues hay que legalizar eso lo más pronto posible. Creo que usted no tendrá queja de la señora...

— Es excelente, señor.

— Pues si usted acepta mi consejo, no dejará pasar mucho tiempo sin terminar el asunto; más vale hoy que mañana...

— Le ofrezco á usted, señor Presidente, que me ocuparé en ello tan pronto como veamos el fin de esas cosas en que estamos metidos.

Sonrió Juárez pensando que Brambila creía tomar parte en el negocio pendiente, y luego le dijo con cariño:

— Para cumplir con un deber lo mismo es el tiempo más tranquilo que el más preñado de inquietudes; usted puede morir mañana ó pasado y dejar á ese pobre niño solo y sin un nombre honrado... ¡Pobrecillos! tan tiernos y corriendo ya los embates de la fortuna... Yo perdí uno en estos meses y todavía le llora mi corazón.

— Tiene usted justicia, señor, y le ofrezco que mañana mismo me ocuparé en el asunto.

— La familia, dijo Juárez con fruición, es la fuente mayor de goces para el hombre bueno.

Y se sintió conmovido como no lo había estado por la tarde, cuando le habían hablado de la llegada de los franceses.

A poco, Juárez estaba sepultado en el sueño más tranquilo y más sin cuidados que pudiera haber, y como á la madrugada se convencieran los que tenían el mando de la plaza de que las avanzadas francesas volvían á Chihuahua, desapareció la intranquilidad que había reinado en aquella noche memorable.

## VI

Pero no fué posible que Brambila pensara en casorios, como se lo había anunciado el Presidente; uno de aquellos días, apenas entraba á su oficina, á eso de las nueve de la mañana, cuando le recibió un mozo del Ministerio de Gobernación, previniéndole de parte del señor Lerdo que pasara á verle en seguida.

— Señor Brambila, dijo don Sebastián con cariño, me acaban de decir que es usted un gran andarín á caballo y que ha hecho nada menos que el trayecto de Chihuahua á México sin sufrir mucho.

— En efecto, señor, hice esa caminata sin gran quebranto, y si ahora puede servirle al Gobierno mi aguante para el caballo...

— No se trata del Gobierno, señor Brambila, se trata de un asunto mío, de un asunto personal. Le mando á Chihuahua, á mi amigo don Berardo Revilla, un pliego concerniente á un negocio que deseo resuelva inmediatamente... Por supuesto que usted conoce á don Berardo, ¿no es cierto?

— Mucho le conozco, señor, es aquel caballero padre de unas niñas muy guapas, Manuelita y...

— Cabal, hombre, cabal, interrumpió don Sebastián;

está usted al cabo de todo. A don Berardo le entregará usted esto. — Y le dió un pliego que traía en la mano.

— Señor, dijo Brambila respetuosamente, ¿no le parece á usted que me vaya por el camino de los Ojitos y el Coyote para ir á salir á Agua Nueva? Puedo ahorrar una buena cantidad de leguas y al mismo tiempo logro reunirme con nuestras tropas, las que manda don Luis Terrazas, que salieron de aquí el día tres.

— Haga usted como quiera; no importa que tarde un poco más en el camino si mediante esa dilación la correspondencia llega más seguramente á su destino... Si necesita usted dinero...

— ¡Oh, señor, casi nada necesito! repuso Pepe extendiendo la mano y recibiendo en ella la media onza que le puso don Sebastián.

Emprendió la marcha en medio de una helada prieta, de esa helada que ni tiene la poesía de la nieve septentrional, ni la alegría de los días de sol, ni la tristeza de los nublados, ni la gracia de los lluviosos, sino que es molesta, tétrica, fastidiosa, aplanante, dolorosa, como si fuera la faz de un viejo desengañado de la vida y á quien le diera lo mismo morir que seguir viviendo, porque comprende la infinita vanidad de todo.

Al tranco de su caballo marchaba el buen Brambila, que había dejado á la bestia caminar á su talante, como en otro tiempo el caballero de la Mancha permitía que la

suya se entretuviera ramoneando la tierna hierbecilla del camino y soñando en alguna faca de buen porte.

Y recordó entonces su pasado, aquel pasado tormentoso y aventurero que había concluído con la hazaña de Cristina, su salida de México, aquel viajar continuo y aquel aparecer adherido á una causa de la cual al principio no había distinguido ni la justicia ni la grandeza, hasta que una y otra se le habían ido metiendo por el corazón y por la mente, haciéndole comprender que aun en su menguado papel de amanuense tenía derecho á que las gentes no le olvidaran del todo.

También trajo á la mente á Cristina, que poco á poco y á pesar de todas las veleidades del carácter de Pepe, se le había mostrado leal, adicta, generosa, decidida y bien dispuesta. «Yo, que la he llamado insípida y necia y tonta, la he llamado estas cosas sólo por sufrida, sólo por buena. Me ha tolerado mis desmanes, ha tenido piedad para mis errores, ha logrado comprenderme y hasta dominarme; ¿qué menos puedo hacer que darle el gustazo de unirme á ella por matrimonio, que llamarse la señora de Brambila?

»Aquí, en Chihuahua, en una jefatura de hacienda del interior, en alguna administración de correos, en cualquier parte, tendré buena acogida y me aceptarán y me querrán las gentes que manden. Y mi mujer tendrá honra y mi hijo tendrá nombre, y olvidaremos un desliz en que ella no tuvo arte ni parte porque se debió á causas

que más vale no recordar; y ya que ella me quiere y está unida á mí, y hasta ha introducido en el condimento de su amor el saborete de los celos, hagamos á un lado escrúpulos de galán calderoniano y de calavera á lo Payno y



practiquemos obra buena y justa, de reparación, de amor y de bondad. ¡Qué diablo! alguna vez hemos de poner de acuerdo nuestros actos con los impulsos de nuestro corazón.

Se meneó en los estribos porque llevaba las piernas

casi heladas, se embozó en el zarape y llegó á la vista de un ranchuelo de donde salieron á recibirle dos perros hirsutos que ladraban enseñando sendas dentaduras que les hacían parecer lobeznos.

— ¡Quieto, *Cualito!*...

— ¡Adentro, *Tumba calzones!*...

— ¡Adentro, *Cual!*... ¡Háigase visto animales!... ¡Perdone, señor, que son estos chuchos de lo más indecente!... ¡Adentro, sinvergüenzas!... Pase, l'amo; pase.

Y lanzó una piedra que silbó como si la hubiera despedido la honda de David.

— Ni agua, señor, ni agua; todo se lo acabó la gente.

— ¿Qué gente, hombre de Dios?

— La de señor don Luis, de señor don Luis Terrazas. Son un diluvial, señor, muchísima tropa. Afigúrese nomás la güena persona de usted que se le han arrejuntao los de Aldama, Allende, Camargo y Rosales, y que don Agustín Vázquez runió hasta los gatos pa engrosar la bola... Cogió de jilo pal Parral y allá le verán los maletas... La gabachada ya va muy lejos y no hay en Chihuahua más que puro traidor: don Juan Ramírez y don Julio Carranco les mandan, y se me afigura, aunque no sé qué piense la güena persona de su mercé, que se van á amolar de altiro... ¡Y vaya si van pasando trabajos los probes de don Luis! Con decirle que cosa de treinta leguas (pero señoras leguas, no tarugadas), no probaron ni gota de agua,

ni comieron, ni quemaron una rajita de leña, y que tuvieron que ir abriéndose la entrada entre las jaras tupidas á puritito machete... Desde los Ojitos, á cuatro leguas de Agua Nueva, hasta el rancho del Coyote, que será de aquí como cinco leguas, se jugaron almareando y sin hallar qué comer; pero á la hora de esta ya han de estar devisando las torres de Chihuahua.

Tras de aquellas noticias Pepe requirió los relieves de lo que habían dejado las gentes de don Luis, y se alejó á toda prisa acompañado de un espolique para que le hiciera compañía.

Media noche era por filo cuando Brambila consiguió llegar á las avanzadas de Terrazas, que cubrían hasta más acá del rancho de Enmedio. Don Luis recibió á Pepe con el cariño de siempre, dándole noticias que le hicieron presagiar el resultado de las operaciones.

— ¿No oyó usted ese repique? preguntó el jefe de los que iban á emprender el asedio.

— Claro que lo oí, señor, y aun me imaginé que Chihuahua era nuestro.

— Poco á poco se anda lejos, camarada. Aguarde usted y verá cosas que le dejen complacido. No sé, pero me parece que el 25 de Marzo va á recordarse un poco en Chihuahua.

— También yo lo presiento, señor; veremos repetidas las hazañas del 26 de Agosto del 60.